

Editorial Num. 36 (2)

Un Trabajo Social que sea histórica y geográficamente instruido

Mark Doel¹

Hace poco, mi nieta de once años me preguntó quién era mi héroe. La verdad es que no tengo “héroes”, en el sentido que ella otorgaba a la palabra, pero aproveché su pregunta para contarle la historia de Clement Attlee, el primer ministro laboralista de Gran Bretaña durante los años posteriores a la segunda guerra mundial. A aquel gobierno de Attlee sí debo agradecerle mi bienestar, mi salud, y mi educación. Mis abuelos eran pobres, gente trabajadora en la industria textil de Yorkshire, y, de no haber sido por los logros del Estado del bienestar (un Servicio Nacional de Salud gratuito, apoyo económico para poder llegar, y estudiar, en la universidad, etc.), mi vida habría sido muy diferente, como lo habría sido para millones de habitantes de Gran Bretaña. Clement Attlee y su administración abrieron el camino hacia un universo de posibilidades que la figura mucho más prestigiosa de Winston Churchill me habría escamoteado. Todavía hoy continúo agradecido por ello.

A mi nieta le conté también un hecho poco conocido acerca de Clement Attlee: él fue trabajador social. Aunque no tuvo estudios reglados de trabajo social (había muy pocas opciones por entonces), fue trabajador social en el *East End* de Londres, y se encargó de editar la que, en mi opinión, es la primera serie de manuales específicos sobre trabajo social publicados en inglés: Attlee publicó *The Social Worker* hace poco más de un siglo, en 1920. Se trata de un libro extraordinario, elegantemente escrito. Allí Attlee explica que los trabajadores sociales tenemos que ser pioneros, investigadores, y, siempre, *agitadores*.

¿Por qué comparto esto con vosotros? En primer lugar, debido a que quiero recuperar a uno de los mejores primeros ministros de todos los tiempos para nuestra profesión, el trabajo social. Creo que es interesante preguntarnos por qué hemos permitido olvidar este hecho, perdiendo la oportunidad de celebrar a Attlee como lo que era, un trabajador social. En segundo lugar, y al hilo de lo anterior, quisiera hacer un ruego para que nuestra profesión muestre más interés por su historia, tanto en el ámbito local como en el global. Por ejemplo, debiéramos saber, que al menos en el Reino Unido, los orígenes del trabajo social fueron mucho más osados que su práctica actual. Los *settlements* iniciales combinaron todos los fundamentos del trabajo social: trabajo individual, trabajo con grupos, trabajo con familias y trabajo comunitario. Solo más tarde estos procedimientos llegaron a escindirarse. Y es que además de trabajar con las personas, trabajábamos con la pobreza que les hacían padecer: por ejemplo, participábamos en el desarrollo de cooperativas, con lo cual aquellas personas podían usar el poder la negociación colectiva para tratar de mejorar sus condiciones. La solidaridad social era el núcleo de este trabajo social. Nosotras y nosotros recabábamos datos para influir en las políticas sociales: las primeras encuestas sociales, llevadas a cabo en la última mitad del siglo diecinueve, tuvieron un impacto profundo en el público general y en la clase política: constataron de forma experta las pruebas y la magnitud de la pobreza y la mala salud en la población. De hecho, Attlee insiste en el libro en la necesidad de que los trabajadores sociales sean *científicos de ciencia aplicada*. Las y los trabajadores sociales estamos en una posición única, desde donde podemos sacar a luz la opresión y la discriminación con la que nos encontramos, denunciándola ante la opinión pública. Esa es la razón por la que Attlee entendió que, sobre todo, los trabajadores sociales debíamos ser agitadores.

Me pregunto cuántos trabajadores sociales se definirían hoy en día como agitadores. ¿Cuántos siquiera saben que las pioneras del trabajo social tenían esta perspectiva de la profesión? En los países del Norte global estamos perdiendo numerosos avances conseguidos gracias a los esfuerzos concertados de pensamiento y acción radical y de reformadores sociales. En el Reino Unido, el Servicio Nacional de Salud (el NHS), un servicio de acceso universal sufragado mediante impuestos, dispone cada vez de menos fondos porque los gobiernos no quieren enfrentarse al capital global para reclamarle una carga impositiva mínimamente justa. Bien al contrario, estos gobiernos venden poco a poco el NHS a empresas sanitarias estadounidenses. El NHS es masivamente popular y cuenta con la mejor consideración, por lo que este cambio de naturaliza se produce de forma muy discreta. Sucede lo mismo con otros ámbitos de lo público. Me resulta muy incómodo pensar en

¹ Profesor emérito. Sheffield Hallam University, Reino Unido.

cómo le voy a explicar a mi nieta que, tras recibir de nuestros padres la herencia de un sistema de bienestar y sanitario universal, mi generación comenzó a dejarla escapar de las manos, vendiéndola para el único lucro de quienes ya disfrutaban de un nivel de riqueza inconcebible.

¿Y que qué tiene que ver esto con el trabajo social? Esta es la pregunta importante. Yo creo que, ante todo, tenemos que reconocer sin reservas la naturaleza política de nuestro trabajo. Hay que reconocer esto para, después, comenzar a decidir qué queremos hacer. Debemos estar políticamente activos, activas, en nuestras comunidades, aliándonos con los grupos que apoyan explícitamente la igualdad y la justicia en cuestiones sociales, económicas y medioambientales. Así, en esos términos, pensaban las pioneras del trabajo social, y así era como actuaban. Recordemos que Jane Addams vio publicado en los periódicos este titular: “*Is this the most dangerous woman in America?*” (¿Es esta la mujer más peligrosa de Estados Unidos?). ¿Qué trabajadoras y trabajadoras sociales, en la actualidad, tendrían ese titular?

Mis dos primeras décadas de práctica del trabajo social testimoniaron el florecimiento de lo que fue conocido como trabajo social comunitario. Trabajábamos en pequeños ‘equipos de barrio’, clasificados no por la franja de edad, o por un problema específico, sino por la localidad. Si vivías en mi barrio, trabajábamos juntos, independientemente de la edad o las circunstancias: trabajábamos en función de la comunidad donde estábamos. Pero durante la década de los 90 se fue introduciendo desde Estados Unidos un enfoque nuevo, basado en la gestión de casos. Poco a poco, esto dividió el trabajo social en unidades especializadas, las cuales muchas veces ni siquiera llevaban la denominación de trabajo social (por ejemplo, apareció un ‘trabajo en salud mental’). La ascendencia del pensamiento y las políticas neoliberales llevaron a la inanición del sector público; la idea de servicio fue dando paso a la de rentabilidad y lucro. Entiendo, lógicamente, que las profesiones evolucionan y las sociedades cambian con el tiempo, pero, dicho esto, hay que decir que resulta muy preocupante la escasísima presencia en la enseñanza de formas alternativas de pensar el trabajo social y, de forma muy evidente, la falta de cuidado, el abandono, de la historia de la profesión -tal y como nos ha pasado con la historia de Attlee como trabajador social.

En afortunado contraste con lo anterior, el pasado año tuve una experiencia alentadora en Chile, como invitado de la Universidad de Los Lagos. El trabajo social allí mantiene un enfoque muy pegado a la comunidad. De hecho, creo que esta perspectiva comunitaria sería la distintiva del trabajo social en Latinoamérica. La primera experiencia práctica de los estudiantes de trabajo social se produce codo con codo con las comunidades. El alumnado hace sus prácticas entre una comunidad que espera recibir de él aportaciones y colaboración desde los temas, preocupaciones y retos identificados por la propia comunidad: y hacen las prácticas así, disponiendo del tiempo necesario para elaborar y cumplir aquellos programas en contacto con el entorno. Por el contrario, pocos estudiantes británicos de trabajo social realizan sus prácticas con ese formato de comunidad. El énfasis se traslada al llamado ‘trabajo oficial’ (*statutory work*), esto es, trabajo con individuos y familias, pero con adecuación a una normativa que está ya ideada y aprobada. No sorprende, por tanto, que, según una encuesta realizada en 2020 las trabajadoras sociales británicas se perciben poco preparadas en su formación en lo relativo al trabajo con comunidades locales. Y por si fuera poco, el trabajo social con grupos, se ha convertido también en infrecuente. En Gran Bretaña es habitual que otros profesionales, como por ejemplo los terapeutas ocupacionales, se ocupen de lo que nosotras y nosotros hemos abandonado.

El motivo de mi trabajo con y en Chile fue el lanzamiento y desarrollo de una página web que materializase la noción abstracta del ‘trabajo social’ a través de algunos objetos y de las historias que llevan consigo (<http://40objetos.ulagos.cl/galeria/>). Esta página web, en español, existe como hermana de otra página en inglés que yo mismo he lanzado (<https://socialworkin40objects.com/>) – de ahí nuestro interés recíproco por comprender como podríamos complementar esas dos colecciones de objetos e historias.

En nuestro trabajo común, a mis colegas chilenos y a mí nos encantó descubrir que la idea de expresar *qué es el trabajo social* a través de un objeto, contextualizado en una historia, fue algo que la gente no solo entendió de forma intuitiva, sino que también disfrutó. Las dos colecciones se han ido incrementando hasta llegar a 200 objetos e historias, con breves explicaciones de las trayectorias que llevaron a los ‘donantes’ de los objetos al campo del trabajo social. Se trata de una biblioteca de trabajo social fascinante que apela a una parte de nuestra conciencia que no resulta movilizada por las definiciones sosas o por los más recientes manuales sin actualizar con nuestro pasado.

Hemos comprobado que la idea de *objeto* puede ser introducida de forma muy intuitiva, que alguna gente elige una cosa y rápidamente -aunque otras personas precisen de más tiempo y reflexión- se vincula a su experiencia con el trabajo social.

Dadas las diferencias que antes hemos comentado muy escuetamente entre los trabajos sociales del Norte global y de Latinoamérica, especulamos en que aspectos esas divergencias aparecerían en los objetos y en las historias de cada una de las colecciones. Para tratar de mensurar esto, elaboramos un continuo desde los objetos-historias orientados al individuo a aquellos objetos-historias orientados a la comunidad. De forma muy interesante, resultó que la proporción de objetos-historias en cada una de las etapas de ambas colecciones se mostró sorprendentemente consistente.

Así las cosas, espero que sociedades tardocapitalistas similares a las del Reino Unido, puedan tanto redescubrir el significado de la práctica del trabajo social, como recuperar nuestros orígenes, a través, como pro-

puesta, del contacto con formas del trabajo social que siguen nutriendo los cuatro pilares de comunidad, grupo, familia e individuo dentro de una única práctica. Existen movimientos parecidos en ámbitos muy dispares del trabajo social: por ejemplo, cada vez es más reconocido el daño provocado por los alimentos ultraprocesados, fabricados para generar lucro de corto alcance, en contraste con la generación de alimentos orgánicos y locales, cultivados en equilibrio con el medioambiente.

Yo entiendo el movimiento de ‘trabajo social auténtico’ como una reivindicación de las raíces orgánicas del trabajo social, en comunidad, aquel que vuelve a liderar un trabajo social comprometido con el verdadero cambio social, implicado en una ciencia social aplicada e investigadora, fiel a las nociones de justicia social y económica. Un trabajo social que vivifica la idea de Attlee de trabajadoras y trabajadores sociales como agitadores.

Pero, para llegar a este punto, tenemos que ser histórica y geográficamente instruidos. Esto es, tenemos que educarnos a nosotros mismos, tenemos que aprender -y enseñar a otros- cómo la práctica del trabajo social se fue manifestando a través del tiempo y del lugar donde actuaba. Estaremos así en condiciones de conocer, realmente con criterio, lo *mejor* del trabajo social y de dar los pasos necesarios para emular ese mejor trabajo social.

... Por cierto, le pregunté a mi nieta quién era su héroe. Me dijo que Anne Frank, la niña judía asesinada en los campos de concentración. Preguntamos a su padre, mi yerno, y él nos respondió que Gandhi. Nos paramos a pensar en la coincidencia de que nuestros tres héroes vivieron todos en la misma época.

Referencia

Attlee, C.R. (1920) *The Social Worker*, London: G. Bell & Sons.